

II

LA ASCENSIÓN DEL TAFI

Andrea Tafi, florentino, que había sido escogido para decorar con mosaicos la cúpula de San Juan, estaba consumando á la perfección esta gran obra. Todas las figuras estaban tratadas á la manera griega, en la que fué instruído el Tafi durante su residencia en Venecia, donde había visto á algunos obreros ocupados en decorar los muros de San Marcos. Él mismo había llevado de esta ciudad á Florencia un griego llamado Apolonio, que poseía excelentes secretos para pintar con piedras. Este Apolonio era un hombre muy hábil y un espíritu muy sutil. Conocía las medidas que había de darse á las varias partes del cuerpo humano y los materiales que era necesario emplear para componer el mejor cemento.

Temiendo que el griego aportase su saber y destreza á cualquier otro pintor de la ciudad, Andrea Tafi no le abandonaba de día ni de noche.

Todas las mañanas le llevaba á San Juan, y le acompañaba todas las noches hasta su casa, frente á San Miguel, haciéndole acostarse á la vez que sus aprendices, Bruno y Buffalmacco, en un cuarto solo separado por un tabique del cuarto donde él mismo dormía. Y como faltaba medio pie para que el tabique llegase hasta las vigas del techo, oíase en cada pieza lo que en la otra se decía.

Pues bien; el Tafi era hombre piadoso y de buenas costumbres. No se parecía en nada á esos pintores que, al salir de las iglesias donde han representado á Dios creando el mundo y á Jesús en brazos de su bienaventurada Madre, van á las casas de escándalo para jugar á los dados, sonar la trompa, beber vino y acariciar á las muchachas. Tafi se había contentado siempre con su buena mujer, por más de que el Creador no la hubiera hecho ni adornado con todas aquellas cosas necesarias para alegrar grandemente á los hombres. Era una persona muy seca y áspera. Y luego que Dios la hubo sacado de este mundo para recibirla en su seno, según su misericordia, Andrea Tafi no escogió otra mujer para esposa ni para nada. Observó, pues la continencia que convenía á su mucha edad, le escatimó desgastes y cuidados, y halagó al Señor que recompensa en el otro mundo las privaciones que se sufren en éste. Andrea Tafi era casto, sobrio y de buenos propósitos.

Recitaba exactamente sus oraciones, y, acosta-

do en el lecho, no se dormía jamás sin haber invocado á la Santa Virgen, de la manera siguiente:

—Virgen Santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestra mano llena de gracias, para elevarme hasta el santo paraíso donde estáis sentada en silla de oro.

El Tafi no barboteaba esta invocación entre los pocos dientes que le quedaban. La pronunciaba con voz bien fuerte y distinta, creyendo, según el común decir, que el tono hace á la canción, y que es preciso gritar para ser escuchado. Y lo cierto es, que la oración del maestro Andrea Tafi era oída todas las noches del griego Apolonio y de los dos jóvenes florentinos, que se acostaban en la pieza próxima. Pues bien, se dió el caso de que Apolonio era de humor chistoso, semejante en esto á Bruno y á Buffalmacco. Los tres sentían fuertes comezones de hacerle una picardía al maestro, que aparentaba ser hombre justo y temeroso de Dios; pero que en el fondo era avaro y duro. Por esta razón aconteció una noche que, habiendo oído al pobre hombre dirigir su habitual oración á la Santa Virgen, los tres compañeros empezaron á reir bajo las cubiertas de la cama y á mofarse grandemente. Y, cuando le oyeron roncar, preguntáronse en voz baja qué burla podrían hacerle. Conociendo el gran miedo que el viejo sentía por el diablo, Apolonio propuso ir vestidos

de rojo, cornudos y enmascarados, á sacarle del lecho, tirándole de los pies. Pero el buen Buffalmacco le habló como sigue:

—Tengamos cuidado de prevenirnos mañana con una cuerda y una polea, y os prometo para la noche inmediata una agradable diversión.

Apolonio y Bruno estaban intrigados por saber de qué servirían la garrucha y la cuerda; pero Buffalmacco no quiso decirles nada. No obstante, prometieron procurarle lo que deseaba; pues sabían que era el ingenio más travieso del mundo y el más fértil en alegres invenciones, por lo cual le llamaban Buffalmacco. Y, en verdad, ideaba tales disparates, que de ellos se han hecho luego cuentos.

No teniendo ya motivo que les mantuviese en vela, los tres amigos se durmieron bajo la luna, que mirando por la claraboya, volvía la fina punta de sus cuernos hacia el lado del viejo Tafi. El sueño no les abandonó hasta el amanecer, cuando el maestro golpeó rudamente con el puño en el tabique y gritó, tosiendo y esputando, como era su costumbre:

—¡Arriba, maestro Apolonio! ¡Arriba los dos aprendices! Ya es de día. ¡Febo ha soplado en la hoguera celeste! ¡De prisa! El tiempo es corto y el trabajo largo.

En seguida amenazaba á Bruno y Buffalmacco de ir á despertarlos con un jarro de agua fría. Y les decía burlescamente:

—Me parece que os gusta mucho la cama. ¿Se ha metido en ella la dama de Barbanique, cuando tanto sentís el dejarla?

Luego se puso sus bragas y su viejo jubón. Al salir del cuarto se encontró en el rellano á los compañeros completamente vestidos y cargados con los menesteres del oficio.

En el hermoso San Juan, sobre el andamio que se elevaba hasta la cornisa, se trabajó aquella mañana con toda el alma. Desde hacía ocho días, el maestro se esforzaba en significar á los ojos, según las reglas del arte, el bautismo de Jesucristo. Había empezado poniendo peces en las aguas del Jordán. Apolonio preparaba el cemento con betún y paja picada, pronunciando palabras de él sólo sabidas; Bruno y Buffalmacco escogían las piedras que convenía emplear y el Tafi las colocaba conforme al modelo trazado en una pizarra que tenía delante. Pero, cuando el maestro más ocupado estaba en esta obra, los tres compañeros descendieron listamente de la escalera y salieron de la iglesia. Bruno fué extramuros, á casa de Calandrino, en busca de una polea que servía para subir el trigo al granero. Apolonio se marchó á Rípoli, á casa de la vieja esposa de un juez, á la que había ofrecido un filtro para atraer enamorados, y como le hiciese creer que el cáñamo era necesario para componer el filtro, ella cogió la cuerda del pozo y se la entregó.

Los dos amigos se dirigieron en seguida á casa del Tafi, donde encontraron á Buffalmacco, que se dispuso en seguida á fijar sólidamente la polea en la viga maestra del techo, por encima del tabique que separaba ambos cuartos, el del maestro y el de los aprendices. Luego, habiendo pasado por la polea la cuerda del pozo, dejó colgar un cabo en su cuarto, y fué al del Tafi para atar la cama por las cuatro esquinas. Tuvo buen cuidado de esconder la cuerda entre las ropas, de modo que no pudiera sospecharse nada. Cuando esto estuvo hecho, los tres compañeros regresaron á San Juan.

El maestro, que en el ardor del trabajo apenas había notado su ausencia, les dijo gozoso:

—Reparad en que estos peces brillan de diversos colores, y particularmente de oro, de púrpura y de azul, cual conviene á la raza de los monstruos que pueblan el Océano y los ríos, y cuyo brillo es tan maravilloso porque fueron sumergidos los primeros en el imperio de la diosa Venus, según dice la fábula.

El maestro discurría en esta materia lleno de gentileza y de buena doctrina; pues era hombre de saber é ingenio, aunque de humor negro y asperísimo, sobre todo cuando su pensamiento se ejercitaba en cuestiones de lucro. Y seguía diciendo:

—¿No es un arte hermoso y digno de alaban-

zas el del pintor, con el cual se adquieren riquezas en este mundo y la felicidad en el otro? Porque es muy cierto que Nuestro Señor Jesucristo recibirá con reconocimiento en su santo paraíso á los obreros que, como yo, hiciesen su verdadero retrato.

Y el Tafi se congratulaba de ejecutar esta gran obra en mosaicos, de la que aún pueden verse hoy algunos restos. Y cuando la noche vino á borrar en la iglesia formas y colores, abandonó con sentimiento el río Jordán y tomó el camino de su casa. Cenó en la cocina dos tomates y un poco de queso, subió á su cuarto y desnudándose sin luz se metió en la cama.

Apenas acostado, dirigió á la Virgen su oración habitual:

—¡Virgen santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestras manos llenas de gracias, á fin de elevarme hasta el santo paraíso!

Es el momento que estaban esperando en el cuarto próximo los tres compañeros.

Cogiendo el cáñamo que colgaba de la polea á lo largo del tabique, apenas hubo el pobre hombre rematado su oración, cuando á un signo de Buffalmacco tiraron de la cuerda tan vigorosamente, que el lecho empezó á elevarse. El maestro Andrea, sintiéndose izado sin saber por qué medio, se le metió en la cabeza que la Santa Vir-

gen había escuchado su ruego y le llamaba al cielo. Su miedo fué tanto, que empezó á exclamar con voz temblorosa:

—¡Quieta, quieta, Señora! Yo no he pedido que fuese tan pronto.

Y como el lecho seguía subiendo á consecuencia de la cuerda que se deslizaba por la garrucha, el viejo suplicó lamentablemente á la Virgen María:

—¡Buena señora, no tiréis así! ¡Por Dios! ¡Dejadme, dejadme! ¡Yo os lo suplico!

Pero ella no parecía oírle. Por lo cual se enfadó mucho, y gritó:

—Es necesario que estéis sorda ó que tengáis la cabeza de madera. ¡Dejadme pronto, *Sporca Madonna!*...

Viendo que le faltaba poco para tocar en el techo, aumentó su espanto, y dirigiéndose á Jesús, le rogó que hiciese entrar en razón á su Santa Madre. Hacía tiempo—le dijo—que había renunciado á esta desdichada ascensión. Pecador é hijo de pecadores, no podía subir al cielo antes de tener perfectamente rematados el Jordán, sus olas y peces, y la historia de Nuestro Señor. Entretanto, el cielo de la cama casi tocaba ya en las vigas del techo. Y el Tafi gritaba:

—Jesús, si dejáis suelta á vuestra Santa Madre un momento más, la techumbre de esta casa, que me ha costado muy cara, se romperá indudable-

mente. Pues bien veo que me va á hacer pasar al través. ¡Quieta! ¡Quieta! Ya oigo crujir las tejas.

Buffalmacco advirtió en esta sazón que la voz del maestro se ahogaba en su garganta, y ordenó á sus compañeros que soltasen la cuerda. Así lo hicieron ellos, siendo esto causa de que el lecho, precipitado desde arriba, se abismase en el suelo con gran estrépito, rotas las patas, deshechos los tableros: del golpe se troncharon las columnas, y el cielo con las cortinas y armazones cayó sobre el maestro Andrea que, sintiéndose ahogar, aullaba como un diablo. Y el alma, admirada de tan rudo golpe, dudaba de si había caído en su cuarto ó precipitándose en el infierno.

Como despertados por el ruido, acudieron en su ayuda los tres aprendices. Viendo las ruinas del lecho entre nubes de espeso polvo, fingieron sorpresa, y, en vez de socorrer al maestro, preguntábanle si era el diablo quien había causado aquel desastre. Pero él suspiraba:

—¡No puedo más! ¡Sacadme de aquí! ¡Me muerol!

Quitaron por fin los restos bajo los cuales estaba á punto de rendir el alma, y le encontraron adosado al muro. Bufó, tosió, escupió, y dijo:

—Hijos míos, sin la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, que me ha repelido á la tierra con fuerza tan extraordinaria, que sus efectos bien los estáis viendo, yo estaría á estas horas en el cir-

culo del cielo llamado cristalino y primer móvil. Su Santa Madre no quería hacer caso. En mi caída he perdido tres dientes que, sin estar completamente íntegros, aún me prestaban buenos servicios. También siento un dolor insoportable en el costado derecho y en el brazo que sostiene los pinceles.

—Maestro—dijo Apolonio—, sin duda tenéis alguna herida interior muy maligna. Durante las sediciones de Constantinopla he observado que las heridas interiores son más funestas que las de afuera. Pero no temáis nada: voy á encantar las vuestras con palabras mágicas.

—¡Guardaos de hacer tal cosa!—respondió el viejo—Sería pecar. Pero acercáos los tres, y hacdme el obsequio, si os parece bien, de frotarme el cuerpo en los sitios donde más me duele.

Ellos le obedecieron, y no le soltaron hasta dejarle bien sobados espalda y lomos.

Los buenos muchachos sembraron inmediatamente la historia por la ciudad. De suerte que, al día siguiente, no había hombre, mujer, ni chiquillo en Florencia que viendo al maestro Andrea Tafi no riese en sus propias narices. Pues bien, una mañana en que Buffamalcco pasaba por el Corso, messer Guido, el hijo del señor Cavalcanti, que iba á cazar grullas, detuvo su caballo, y llamando al aprendiz le arrojó su bolsa, diciendo:

—Ahí tienes, gentil Buffalmacco, para beber á la salud de Epicuro y de sus discípulos.

Conviene saber que messer Guido pertenecía á la secta de los epicúreos y que se esforzaba en acopiar argumentos contra la existencia de Dios. Solía decir que la muerte de los hombres era semejante á la de los animales.

—Buffalmacco—añadió el joven señor—, si te he dado esa bolsa es para recompensarte del bellísimo experimento, amplio y provechoso, que has hecho enviando hacia el cielo al viejo Tafi, el cual, viendo á su esqueleto tomar el camino del empiro, comenzó á gritar, como un cerdo que se degüella. De donde infero que no estaba muy seguro de gozar las prometidas alegrías celestiales, que son un poco inciertas. Como las nodrizas cuentan cuentos á los niños, así se han inventado discursos tocante á la inmortalidad de los mortales. El vulgo cree creer en esos discursos, pero en puridad no los cree. Los golpes de la realidad ahuyenta las mentiras de los poetas. Sólo hay de cierto esta triste vida. Horacio Flaco participa de este sentimiento cuando dice: *Serus in cœlum*.

III

EL MAESTRO

Habiendo aprendido el arte de preparar y emplear las substancias y los colores, así como el secreto de pintar figuras á la manera de Cimabué y de Giotto, el joven Buonamico Cristofani, florentino, por otro nombre Buffalmacco, abandonó el estudio de su maestro Andrea Tafi y fué á establecerse en el barrio de los bataneros, cabe la casa de Cabeza de Ganso. Pues bien, así como las damas rivalizaban en ostentar vestidos bordados de flores, así en aquel tiempo las ciudades de Italia cifraban su orgullo en llenar de pinturas sus claustros é iglesias. Florencia se mostraba liberal y magnífica entre todas las ciudades, y un pintor podía vivir perfectamente en ella. Buffalmacco sabía dar á sus figuras movimiento y expresión; y, aunque fuese muy inferior al divino Giotto por la belleza del dibujo, gustaba por la riente abundancia de sus inven-